

Sigue el lío del Protectorado

Al discutirse en el Congreso el día primero de este mes de julio el presupuesto del protectorado—este logogrifo—de Marruecos, entre otras cosas sustanciales y sustanciosas, dijo Indalecio Prieto lo siguiente:

«Preguntado Abd-el-Krim si prefería sobre España, en la zona del protectorado, a otra nación, dice que no, que él conoce perfectamente los Tratados y sabe que la acción del protectorado español no puede dar, en cuanto al ejercicio del protectorado, en la manifestación que interesa a la explotación de las riquezas de aquel país, preponderancia a España, porque en un pie de igualdad, en virtud de los compromisos que ha firmado España, están todas las naciones. Con lo que Abd-el-Krim y las huestes que le siguen no están conformes es con el procedimiento para instaurar el protectorado, por lo que Abd-el-Krim tiene que levantar a sus gentes en justa y humana protesta contra las atrocidades cometidas en el dintel de la habia de Alhucemas cuando iba nuestro avance seguido por una impetuosidad que yo no he querido juzgar porque desapareció el ejecutor de aquella impetuosidad; pero las pruebas documentales de altas instigaciones no están hoy muy lejos de los cajones de la mesa del despacho del residente general francés, y acaso en su último paso por Madrid de ese residente alguien haya podido ver, por mediación de un hombre que se sienta en esta Cámara y que tiene prestados leales y entusiastas servicios a la Monarquía, y más que entusiastas servicios a la Monarquía, si no los originales; las copias de los documentos de esa instigación.»

Algo de esto, en efecto, oímos en uno de nuestros últimos viajes a la corte, cuando acababa de pasar por allí el general Lyautéy, que lo hizo muy de paso y sin visitar más que a don Alfonso y a Romanones. Pero valía la pena de que se pusiera en claro eso que el diputado por Bilbao llama «altas instigaciones».

Porque ahora va resultando más claro que nunca que las potencias occidentales, o sea Inglaterra y Francia, nunca le cedieron a España otro mandato que el de ejercer en la zona de Marruecos próxima al Estrecho un protectorado civil —y civilizador, claro!—, y que este protectorado pudo haberse ejercido, desde

luego, muy modestamente y sin meterse el reino en la camisa de once varas de la conquista, que nos habría de valer Tánger. Lo de la conquista fué y ha sido —y sigue siendo— un ensueño de desquite del desastre de 1898 y lo que aun queda de aquella ilusión del vicimperio ibérico, floreciente en los días en que Guillermo II de Prusia ponía teatralmente pie en Agadir. Y a ese loco ensueño del reino ha respondido la desdichada política conquistadora de Marruecos.

Nunca ha habido propósito alguno firme, por parte del reino, de instaurar un verdadero protectorado en el Rif, de proteger a los moros, ni se sabe en qué haya de consistir esa protección ni de qué ni de quién, contra qué o contra quién haya que protegerles. No más que Escipión, al que se llamó «el Africano», pensara en proteger a los nómadas. No; nunca se ha pensado sino en conquistar. Hasta por eso que llaman el prestigio de las armas. Había que demostrar que se podía hacer sobre los moros lo que hace veinticinco años no se pudo sobre los cubanos y filipinos.

Cambó, a quien se le ha ocurrido ahora decir lo que callaba siendo ministro, y mientras atendía al Arancel, se dedicó a exaltar la memoria de don Juan Prim, el principal autor de la revolución gloriosa de 1868, el que más contribuyó a echar del trono de España a doña Isabel de Borbón. Para el Cambó del 30 de junio de este año, Prim fué un gran estadista porque defendió el abandono de Africa y el de Cuba, y porque se retiró de la expedición a Méjico, no queriendo contribuir a aquella disparatada empresa imperialista en la que el desdichado Napoleón III, Napoleón «el Chico», el marido de Eugenia de Montijo, pretendió poner de emperador de los mejicanos a aquel pobre hombre que fué Maximiliano de Habsburgo, mártir escenográfico con tan poca sal en la mollera y tan corto de ingenio como todos los últimos emperadores de su estirpe. Un buen hombre en cuanto a intenciones, sin duda, pero que no basta. Y que no debió nunca prestarse a los manejos a que se prestó.

Bueno; y ahora, ¿quién hace de Prim? Seguramente que no Cambó. Porque Prim, si bien era catalán, tanto por lo menos como Cambó, no era catalanista. Prim vio el problema internacional de España a la catalana, pero no a la catalanista. La Revolución de 1868 fué en buena parte una obra de catalanes. De los cuatro presidentes que tuvo la República en España, en los once meses escasos que duró, dos de ellos fueron catalanes. Y antimerialistas. Pero ese Cambó que el 30 de junio exaltaba a Prim ha predicado el imperialismo. Cambó el año 14 dijo, según le recordó Indalecio Prieto, «que abandonar nuestro porvenir en Marruecos es abandonar y renunciar a la independencia de España y abandonar sus derechos, y si a todos los españoles ha de causar espanto, a los que además de españoles son catalanes ha de causar espanto mayor».

¿Qué querrá decir para el Cambó del 30 de junio último «nuestro porvenir en Marruecos»? ¿Qué negocio internacional habrá quebrado desde 1914 hasta ahora?

Y entre unas y otras cosas no se ve la solución de ese lío del Protectorado, en que si entra por algo el negocio—que es ya dudoso—, entra por más la loca pre-ocupación del imperialismo y del desquite de lo del 98.

Miguel de UNAMUNO

